



■ José-Carlos MAINER: *Falange y literatura. Antología*, Barcelona, RBA, 2013 (1971), 700 páginas, por Carlos Hernández Quero (Seminario Complutense Historia, Cultura y Memoria) [chquero@hotmail.com](mailto:chquero@hotmail.com)

Los interesados en el fascismo español están de enhorabuena. Especialmente si el centro de gravedad de sus inquietudes bascula en torno a la recomposición de la historia intelectual del mismo. De manera creciente, desde mediados de los noventa en el gran recipiente de la producción científica española sobre el fascismo han ido encontrando cabida toda clase de perspectivas, han proliferado los trabajos que se ocupaban de áreas hasta entonces parcamente atendidas y se ha amplificado el mensaje de los historiadores con la eclosión de publicaciones y la tardía pero paulatinamente más tenaz mirada a los supuestos metodológicos de otras disciplinas y a las corrientes de estudio que circulaban en el continente. Pero si ha habido un ámbito temático que en concreto ha salido beneficiado del soplar de los nuevos vientos historiográficos, ése ha sido aquel que englobaba al sujeto fascista y al fascismo como fenómeno cultural. En los tres o cuatro últimos lustros, la historiografía española se ha afanado por proyectar un haz de luz cada vez más intenso sobre unas parcelas que no habían recibido más que algunos tenues destellos de atención y que hoy se juzgan, sin sombra de duda, como indispensables para desanudar la densa red de hilos que componen una experiencia laberíntica como la fascista. Desde un enfoque de historia cultural pendiente también de las sociabilidades, se ha marcado una agenda que ha estudiado la autonomía y configuración ideológica del fascismo, el concurso de intelectuales, la literatura, la profusión simbólica, la sacralización ritual o la escenografía mítica, elementos todos ellos que desempeñan un papel de primer orden en una cultura política como la fascista. Así lo testimonia el debate académico generado por los trabajos de un amplísimo elenco de autores.

Sin duda, el avance en el conocimiento de estas áreas tiene una deuda fundamental con José-Carlos Mainer, maestro y referencia de muchos de esos autores y cuya firma se ha estampado en algunos de los proyectos más relevantes de la historia de la cultura en España desde hace décadas. José-Carlos Mainer fue pionero en nuestro país a la hora de examinar de manera rigurosa el falangismo como una actitud intelectual que había segregado una nada desdeñable producción cultural. Lo hizo con la publicación de *Falange y literatura* en 1971 bajo el sello de la Editorial Labor. Mainer, entonces un joven de veintisiete años, presentó una selecta antología de textos de las principales plumas falangistas porticada por una introducción hábil y sobria que no se extendía más allá de las sesenta páginas, pero en la que quedaban apuntadas algunas claves interpretativas que han constituido el punto de partida de posteriores trabajos de detalle abordados por el propio autor.

Su *Falange y literatura* se convirtió pronto en una imprescindible herramienta para comprender el falangismo articulado en torno a dos principales vectores. De una parte, el libro ayudaba a entender el derramamiento del radicalismo entre los miembros de la juventud intelectual y la politización de

los ambientes más cultos como algo natural, como una extensión de los propios temas y entrañas artístico-sociales que la vanguardia y el arte nuevo habían abanderado. De otra, permitía hallar las fuentes y puntos de encaje que el nacionalismo español propugnado por los literatos seducidos por Falange tenía dentro de la cultura secular española y la utilización simbiótica que hicieron del capital ideológico de los clásicos reaccionarios, de la historiografía liberal y de algunas derivas noventayochistas. Sin causar un terremoto, por las cautelas que las condiciones políticas de emergencia del libro justificaban, sirvió para poner las primeras piedras de un edificio que se levantaba sobre campo yermo. Lo más que desde España se había ofrecido hasta entonces era una fotografía del falangismo ciertamente desenfocada, nacida al socaire de plataformas culturales del régimen e incapaz de llamar la atención en los circuitos académicos europeos: una narración panegírica que adoptaba un tono moralizante y cansinamente mítico y un desinterés generalizado por emprender estudios siguiendo una metodología propia del quehacer científico.

Publicada por RBA en otoño de 2013, la reedición que aquí se reseña conserva el título original, pero bien merece ser considerada como una obra de nuevo cuño puesto que ha sido profusamente aumentada y corregida. Así lo reconoce el propio autor en el prólogo. Mucho ha llovido, historiográficamente hablando, desde aquel 1971 en que se dio el pistoletazo de salida de la historia intelectual sobre Falange en España. Ahora, con su nueva panorámica general sobre el tema, José-Carlos Mainer parece querer cerrar el círculo y coronar cuatro décadas en las que el paisaje académico al respecto ha mudado enormemente, como pone de manifiesto la comparación entre los muy disímiles contextos de aparición de cada obra. Y es que en los años 2013 y 2014 los investigadores del fascismo no solo han podido saludar con entusiasmo el ensayo del catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza, sino que autores como Miguel Ángel Ruíz Carnicer, Ferran Gallego, Francisco Morente o Steven Forti han dado a imprenta materiales imprescindibles que incitarán y obligarán a repensar un vasto y transitado campo de estudios.

Pero volvamos a la obra. En la versión remozada de *Falange y literatura* José-Carlos Mainer presenta un esqueleto (introducción, bibliografía y antología comentada y clasificada en ocho apartados temáticos) y unos propósitos (“esbozar el paisaje de temas, actitudes y refugios que definen una experiencia fascista”) idénticos a los que impulsaron el guion primigenio, si bien lo que se ha alterado de una fecha a otra es su factura. Liberada ahora de cortapisas y sujeciones recomendadas por el clima político del momento. Mejorada por una reflexión más fluida e incisiva. Beneficiada, también, por el paso de un tiempo en que el autor ha cultivado y mimado con esmero los fundamentos de este trabajo con numerosos artículos o estudios sobre episodios parciales de la historia intelectual del fascismo español. Agraciada, finalmente, por el engrose del catálogo bibliográfico español al respecto y por el contacto con una abundantísima literatura europea que entiende el fascismo como fenómeno cultural transnacional, lo que ha posibilitado aplicar para casos tradicionalmente tenidos por periféricos, como el español, conceptos, definiciones y debates que eran de uso corriente en el conjunto del continente desde hace décadas.

El lector halla en primer término un análisis introductorio sobre el itinerario intelectual de la doctrina falangista que ha de ser contemplado en todo momento en estrecho diálogo con las consideraciones que preceden a cada uno de los apartados de la antología, puesto que el autor deja para esas páginas las puntadas más finas de todo cuanto ha venido sugiriendo en el cuerpo preliminar. Este cuerpo lleva por título un rótulo expresivo, “historia literaria de una vocación

política”, que pretende clarificar y adelantar una de las ideas sobre las que se articulan las ciento setenta páginas que componen la sección: que no existió nunca algo así como una fase o género literario falangista, sino que el nudo de afinidad entre los escritores y periodistas que presenta esta antología y que conformaron aquello que burlescamente el *fascistizado* Juan Antonio Ansaldo bautizó como “corte de literatos y poetas” para el período de preguerra o que Francisco Umbral categorizó como la tribu de “los laínes” para la guerra y la posguerra, fue estrictamente político, mas no estilístico. Una afinidad política falangista que Mainer define sin los ambages de antaño como la marca española del fascismo, una palabra que apenas formaba parte del vocabulario de la primera edición de la obra. Tampoco queda rastro de la fórmula “falangismo liberal”, que durante años hizo carrera en los medios periodísticos y académicos españoles y que hoy ha sido convenientemente refutada y señalada como un oxímoron por autores como Santos Juliá, Pedro Carlos González Cuevas o más recientemente por Francisco Morente.

Con una prosa limpia y expositiva, que invita a seguir leyendo, Mainer parte de unas interesantísimas reflexiones globales acerca de la genealogía del fascismo como fenómeno cultural –y no como una inoperativa entidad metahistórica-. El profesor Mainer lo describe como algo íntimamente vinculado a las transformaciones sociales y a las amalgamas e impugnaciones morales, filosóficas, estéticas y artísticas de fin de siglo y como episodio político entroncado con el escenario de una posguerra mundial salpicada de excombatientes, clases medias asustadas ante un eventual trasvase de la revolución rusa al resto del continente, liberales abatidos por un síndrome autoritario y fascinados por el decisionismo político y jóvenes que desafiaban con su sed de certezas y su acción directa el gélido clima de desorientación e incertidumbre de sus mayores. Esbozada esa panorámica, el autor trae a colación el caso español incidiendo en los elementos que limitaron el crecimiento del fascismo en nuestro país. A saber: el escaso éxito social de las campañas africanas, cuyas derrotas no fueron percibidas como una humillación colectiva; la ausencia de excombatientes desmovilizados y exasperados por los ritmos lentos del parlamentarismo; la falta de un enemigo racial interior; así como la inexistencia de resquemores internacionales fuertes. Pese a ello y aunque de manera algo tímida, a la altura de los años veinte y treinta los ecos italianos resonaron en España conjugando iconos culturales tradicionales y vanguardistas con un renovado fervor por los sentimientos de pertenencia y trascendencia, un visible apocaliptismo político y cierto aire de rebelión generacional. Valores al alza que también dominaban el *ethos* político de los jóvenes izquierdistas. En ese marco, el fascismo fue un signo más de la modernidad y se adueñó de las contradicciones y anhelos de la sociedad europea y española. Como tal, no fue leído de manera uniforme, sino que supo ofrecerse al mismo tiempo como un “ideal colectivo de redención” de la nación y de sus diferentes estratos sociológicos y como la “iluminación de la vida personal” de hombres de letras y artistas que vieron asediado su ADN por los temas y tramas iconoclastas que el nuevo movimiento preconizaba. Así, sostiene Mainer que el telón de fondo de su antología es compartido: todos los autores hablan de sí mismos y elevan al terreno de las solidaridades y afectos políticos una dimensión privada, emocional, sagrada, de salvación personal, de agonía, ahogamiento, nostalgia, fantasía o desazón. A fin de cuentas, los intelectuales son más propensos al nihilismo y al idealismo que los jefes políticos, ceñidos siempre por el corsé del realismo y la eficacia práctica. Más aún en el caso de nuestros fascistas, que según Mainer siguieron veredas muy personales e individualistas: fueron “francotiradores” dentro de la literatura española. Por esta razón, una de las señas de identidad del libro es el intento de inmersión en la psique y condiciones

sociales de cada autor con la finalidad de comprender mejor el diferente ‘aire fascista’ que respiran sus piezas literarias.

El itinerario dibujado por Mainer arranca de conectores culturales suprafascistas que proporcionaron a quienes profesaron el fascismo en nuestro país, temas y paisajes de los que trataron de apropiarse y buscaron desarrollar, reivindicándose, así, como punto de llegada de diferentes trayectorias. Una de estas trayectorias era la que aunaba lecturas e ideas del nacionalismo liberal desde los *Episodios Nacionales* hasta Ortega pasando por el regeneracionismo finisecular y las manifestaciones políticas, plásticas e incluso musicales que engendró, por el casticismo noventayochista o por la idea de *volkgeist* castellano de Ramón Menéndez Pidal. Otro de los viveros de los que se alimentaron los fascistas españoles fue del imaginario generado por una amplia corriente que el autor denomina “contrarreforma autoritaria” y en la que aparece el progresivo endurecimiento del mensaje conservador en la crisis de la Restauración, la recepción del pensamiento de Charles Maurras o las andanzas intelectuales de José María Salaverría y Ramiro de Maeztu. Finalmente, bebieron de la fuente del clasicismo, en la que se fundieron esteticismo, autoridad, estatismo y un regusto elitista y aristocrático encarnados por Eugenio d’Ors, Ramón de Basterra y los miembros de la bilbaína Escuela Romana del Pirineo.

A través de explicaciones fluidas e interconectadas la obra entra en el meollo de la cuestión. José-Carlos Mainer presenta un recorrido por un lapso temporal generoso (1920-1956) que permite reconstruir el *continuum* de la producción literaria de unos hombres de letras que sintieron el vértigo de la militancia política radical. Sin fracturas, desde sus manifestaciones más tempranas, en la pluma de un Giménez Caballero o un Luys Santa Marina resacosos de Annual, hasta las primeras deserciones, decepciones y conatos de arrepentimiento que trajo consigo el eclipse de la Falange intelectual de los Laín, Tovar o Ridruejo. En medio, un sinfín de nombres y empresas culturales inundan las páginas de la obra. Nombres que se mencionarán en esta reseña exclusivamente de pasada puesto que su biografía y avatares son sobradamente conocidos por la historiografía. De hecho, una de las grandes contribuciones del catedrático aragonés, amén de la dilatadísima antología literaria que propone, es la de haber sabido compendiar en un solo relato un mapa intelectual disperso, sin confines exactos, solo susceptible de ser unificado bajo unas premisas tan integradoras como las que sustentan esta obra. Y haber sabido hacerlo, además, combinando en un vivo diálogo las valoraciones literarias, la historia de las ideas, las circunstancias personales de cada autor, el contexto sociopolítico y, puntualmente, cierto interés por las redes de sociabilidad y por las condiciones materiales de edición, venta y difusión de la literatura.

En este sentido, no es que la obra apueste por nuevas interpretaciones sobre la recepción del fascismo italiano en los medios escritos de la España de Primo de Rivera o sobre el rescate noventayochista en clave fascista. Para saber sobre ello existen lecturas específicas como *Fascismo en ciernes* de Manuelle Peloille, *Intelectuales y fascismo* de Victoriano Peña Sánchez o puede echarse mano a diferentes trabajos de Enrique Selva como *Pueblo, intelligentsia y conflicto social*. Tampoco aventura José-Carlos Mainer visiones novedosas sobre la geografía de los espacios culturales del falangismo de preguerra, como las redacciones de las revistas *FE* y *Arriba*, las tertulias de *La Ballena Alegre*, la “cueva” del *Or-Kom-Pom* o las “cenas Carlomagno” en el madrileño *Hotel de París*. Quien quiera hallar abundantes notas sobre ello puede acudir, por ejemplo, a *La corte literaria de José Antonio* de los hermanos Mónica y Pablo Carbajosa. El vanguardismo de Ximénez

de Sandoval y Obregón ya había sido analizado por Mechthild Albert. El frente cultural falangista durante la guerra ha merecido también diversos ensayos entre los que pueden destacarse las páginas que dedica al asunto Andrés Trapiello en *Las armas y las letras* o los trabajos de la ya mencionada Mechthild Albert acerca de la revista *Vértice*. Si bien aquí merece ser reseñada la postura de Mainer al respecto, por cuanto enlaza con debates que están vivos en la historiografía del momento: “*Y es que la situación ideológica era confusa. Se registraba, en efecto, una galvanización espiritual en las clases sociales –alta burguesía y clases medias- ateridas de miedo en los años anteriores. Junto a las camisas y las boinas, también surgieron los rosarios, las grandes medallas, las procesiones penitenciales [...] De modo inevitable, Falange incorporó a su ideario ingredientes del catolicismo movilizad y proporcionó, a su vez, las herramientas de una fascistización completa de lo que hasta 1936 fueron grupos meramente reaccionarios o solo incipientemente fascistizados*”. En ese magma, proliferaron unos tonos literarios que execraban sobre el Madrid capital de la modernidad española y construían la guerra como una rebelión de las provincias, incontaminadas defensoras de un populismo ruralizante y nostálgico de usos barridos por el reloj de arena de la contemporaneidad. Lo que, en opinión de Mainer, suponía un retroceso de la modernidad fascista.

La temas y estética de posguerra, densamente descritos por el profesor Mainer, han sido atendidos por Sultana Wahnón y la configuración de los discursos y culturas políticas católica y falangista por Ismael Saz, Ferran Gallego, Francisco Cobo o Pedro Carlos González Cuevas, cuyas diferentes interpretaciones sobre la ‘cultura del 18 de julio’ han puesto en los últimos años sobre el tapete una intensa disputa académica. Sobre proyectos animados por el falangismo como la revista *Escorial* o el *Instituto de Estudios Políticos* también han vertido ríos de tinta autores como Eduardo Iáñez y Francisco Morente, con puntos de vista marcadamente disímiles, o Nicolás Sesma Landrín. Asimismo, las líneas básicas del comportamiento intelectual hasta los años sesenta han sido satisfactoriamente recogidas por Jordi Gracia en *La resistencia silenciosa*, por Santos Juliá en su *Historia de las dos Españas* o por Javier Muñoz Soro en diversos artículos. Finalmente, figuras como Agustín de Foxá, Ernesto Giménez Caballero, Rafael Sánchez Mazas o Dionisio Ridruejo, que ocupan importantes segmentos de la obra de Mainer, han sido analizadas de modo detallado por autores como Jordi Amat, Mario Martín Gijón, Gonzalo Álvarez Chillida o los ya citados Selva, Trapiello, Morente y Gracia. De cara a suministrar datos para el lector interesado, la nómina se completa con interesantísimos y, en ocasiones, menos accesibles autores, como el imprescindible Rafael García Serrano, Eugenio Montes, Julián Ayesta, Luis Felipe Vivanco o Gonzalo Torrente Ballester.

El gran mérito del estudio de José-Carlos Mainer reside en haber sido capaz de presentar de forma ordenada, coherente, bien trenzada y en un número relativamente corto de páginas, un retrato certero de un campo de estudios casi inabarcable como es la historia del lenguaje literario de los falangistas y que hasta la actualidad no había sido presentado conjuntamente en toda su extensión. Como podrá comprobar cualquiera que se haya acercado siquiera de refilón al asunto, no es poco. Todo lo contrario. Esta obra es algo así como un diccionario razonado del fascismo español, y además con ejemplos prácticos. El profesor Mainer se enfrenta exitosamente a un arduo cometido apoyándose en lo mejor de la historiografía nacional y extranjera sobre el tema y en los numerosos trabajos sectoriales que él mismo había desarrollado sobre la cuestión.

Y lo hace dejando su sello personal. Primero, por el ánimo de bucear en las vivencias personales de

cada autor y de encarar el fascismo y su literatura como un fenómeno eminentemente humano y subjetivo, con rostro. Segundo, por lo brillante y cristalino de su escritura, aspecto sobre el que merece la pena insistir y que pone de manifiesto que la erudición no es el anverso incompatible de la claridad y la divulgación. Tercero, por la sobresaliente relación de fuentes primarias y de la posibilidad de acceso a ellas, lo que ayudará a investigadores y curiosos a ponerse tras la pista de su autor predilecto. Cuarto, por la originalidad de su planteamiento. Y es que, una vez vistos los platos de la carta, Mainer ofrece un menú degustación en torno a las ocho especialidades de la casa aderezadas con precisos comentarios literarios. En primer lugar, la sangre caliente, la virilidad, el culto a la violencia y el heroísmo de los precursores, con fragmentos de *Tras el águila del César* de Santa Marina, *El diálogo de las pistolas* de Guillén Salaya o *Genio de España* de Giménez Caballero. En segundo lugar, la comprensión de traumáticas memorias personales como memorias colectivas y la sensación de ruptura que traslucen *El hombre de los medios abrazos* de Samuel Ros, *Madrid, de corte a checa* de Foxá o *Eugenio, o la proclamación de la primavera* de Rafael García Serrano. La guerra y los héroes ocupan el tercer apartado, copado por piezas de clásicos como *La fiel infantería*, de nuevo de García Serrano, el retrato de un falangista en *Camisa azul* de Ximénez de Sandoval o el artículo de Víctor de la Serna “En la muga de Europa” donde glosa y canta las aventuras de los divisionarios en Rusia. El cuarto apartado es el dedicado a las íntimas crisis personales que sufrieron muchos de los antologados y en las que quisieron confundir íntimas sensaciones con vivencias de la historia universal. En este espacio, José-Carlos Mainer ha colocado textos del *Leoncio Pancorbo* de Alfaro y del *Javier Mariño* de Torrente Ballester, entre otros, y comenta una novela de excepción y revelación, *El sello de la muerte* de Ramiro Ledesma Ramos, cuyos herederos lamentablemente no han permitido la reproducción parcial de su obra en la antología. La tensión no decae: la quinta sección, dedicada a los nuevos caminos para el arte va cargada de fragmentos de d’Ors y Giménez Caballero, como no podía ser de otra manera. El arcaísmo, el sentimentalismo y las formas más sosegadas se funden en los apartados sexto y séptimo, reservados respectivamente a la nostalgia de la historia y a la nostalgia burguesa. Aquí mojaron en el tintero sus plumas Tovar, Sánchez Mazas, Eugenio Montes o Julián Ayesta. Por último, autores como Jacinto Miquelarena, Álvaro Cunqueiro o Ángel María Pascual cultivaron el humor y la fantasía, temáticas que ocupan el octavo apartado. Un magnífico muestrario.

Para terminar, es preciso advertir que probablemente la obra de Mainer no mejora algunos de los excelentes trabajos monográficos de los que disponemos actualmente sobre fases concretas o escritores determinados. Pero tampoco era esa la intención del autor. Sí sirve para armar un conjunto integrado y para actualizar vivamente el primer gran ensayo de historia cultural del falangismo. Durante las décadas que han ido de un trabajo de Mainer a otro, pero especialmente en los últimos años, la historiografía española sobre el fascismo ha dado un salto cualitativo acercándose a Europa y liberándose de complejos, mitos y afanes condenatorios que pudieron inspirar trabajos como *Historia de la literatura fascista española* de Julio Rodríguez Puértolas. Y esto muchas veces ha pasado inadvertido para una crítica periodística de dominical que tal vez ha sobredimensionado la importancia de la publicación que se reseña presentándola como un *boom*. Pero esto, obviamente, no cuenta en el debe de José-Carlos Mainer, cuyo consejo de maestro y estímulo intelectual han estado detrás de algunos de los tratados más significativos que durante estos años vieron la luz. Ahora le tocaba cerrar el círculo. Y creo que lo ha hecho de manera excepcional, mostrando un juego de espejos en que se combinan política y estética, vanguardia y

clasicismo, arcaísmo y modernidad, refinado gusto aristocrático alérgico a la cultura de masas y populismo, nostalgia de una edad de oro irrecuperable y utopía de futuro. Las mil y una caras de un proyecto político, social y cultural verdaderamente poliédrico.

**Carlos Hernández Quero**  
Seminario Complutense Historia, Cultura y Memoria.